

En la bajada de la cuesta de la Pimientilla y en el paso del arroyo de Pahuatlán, nada nos aconteció que merezca la pena de contarse, si no es un contratiempo que nos sobrevino, á causa del espanto de la mula que conducía los aparatos y útiles fotográficos de Guillermo Hay. La mula, á toda prisa seguía la vereda practicada en un desfiladero, y al trotar sacudía fuertemente la caja y la hacía sonar como matraca, lo que sin duda azuzaba más y más á la bestia, obligándola á apretar el paso, hasta que con tanto sacudimiento, abrió la caja su tapa y empezó á dar salida y á regar por el camino aparatos, frascos y cristales. Recogimos cuanto se pudo y proseguimos andando, lamentándonos de los desperfectos causados por la mula asustadiza, y de las dificultades que al amigo Hay se le esperaban para obtener sus negativas. El valle hermoso en que entramos estaba limitado por las eminencias de Pantepec, la Sierra de Xalpa y Mesa de San Pedro, y continuando por él nuestro camino, pronto tocamos la margen derecha del caudaloso río de Pantepec, donde nos esperaban las canoas que debían de trasportarnos á la opuesta orilla. Guillermo Hay, sin decir una palabra, empezó á desnudarse, y yo que comprendí su intención, le dije:

—¿Qué vas hacer? estos ríos son muy peligrosos.

—Si he pasado muchas veces á nado el Tamesis, me respondió, ya debes comprender que no me asustan los ríos de tu tierra.

Arrojóse al agua en nuestra presencia y en la de algunos indígenas de Pantepec, y con el mayor desembarazo empezó su natación. A poco, observé que redoblaba sus esfuerzos para vencer la resistencia de la corriente, y que ésta al fin lo llevaba como á una pluma el viento. Asustado, manifestaba yo á todos mi zozobra, mas los indios, muy prácticos en ese ejercicio, me animaban diciéndome:

—No hay cuidado, señor. ¡Va bien!

Al fin vimos al atrevido y diestro nadador en la otra banda, en la que, á poco, nos reunimos á él, y entonces dirigiéndose á mí exclamó:

—¡Te juro no volver á desafiar los ríos de tu tierra!

Ascendimos, en seguida, á una meseta cuyo lugar culminante ocupa la población de Pantepec. En el trayecto encontrábamos grupos de indígenas habitantes del mencionado pueblo, quienes atraían nuestra atención por su aseo y vistosos trajes, particularmente las indias, que ostentaban su *fustán* y *quichquemel* ricamente bordados con sedas y estambres de diversos colores, presentándose bien peinadas y con sus sargas é hilos de cuentas y corales al cuello.

Pantepec nos dió hospitalidad aquella noche, y á la mañana siguiente continuamos nuestra azarosa excursión; descendimos otra cuesta y empezamos á vadear el arroyo de Colutla, el cual, por sus frecuentes rodeos, hubimos de pasar nueve veces. La fuerza de la corriente aumentaba sucesivamente y hacía, cada vez más difíciles y peligrosos los vados, tanto que, en una de las vueltas del arroyo, Almaraz fué arrastrado por las aguas con mula y todo, debiendo tan sólo su salvación á un banco de arena donde aquélla se detuvo.

El caballo que montaba el pintor Coto, era tan chico, tan ruin y enjuto de carnes, que el rocín de D. Quijote pudiera pasar por un caballo normando. Al subir aquel las cuestas, los descarnados huesos de sus ancas se inclinaban ya á uno, ya á otro lado, y todo su cuerpo se flexionaba como tratando de amoldarse á las quebradas del áspero terreno que trepaba. Yo me daba razón cómo, sin contratiempo alguno, cruzaba los ríos, pues se me figuraba el flaco animal una cuchilla que cortaba el agua; pero no me daba cuenta de la firmeza de su paso en terreno sólido, no contando, como no contó, en su larga y penosa peregrinación, una caída, ni un resbalón siquiera. Todos nos burlábamos de Coto; mas él se reía de nosotros y de nuestras mulas herradas. Bien merece aquel animal, por su entereza heroica, la mención que de él hago en estas mis Memorias.

* * *

Nos acercábamos ya al término de nuestro viaje, mas faltábanos aún que pasar, por segunda vez, el gran río de Pantepec, ya más engrosado, y vadear el arroyo Salsipuedes.

El río de Pantepec, que con el Vinasco va

á formar el de Tuxpan, tiene más de ciento cincuenta metros de anchura en el Paso de los Naranjos. Sus ribazos son rocallosos y sus vegas fertilísimas, cubiertas de frondosos bosques, en los que abundan los naranjos y limoneros, los guayabos y otros árboles frutales. De las corpulentas higueras cuelgan en festones las enredaderas y los bejucos, entre los que aparece la zarzaparra, que, al hacerle un corte, deja escapar un líquido refrigerante que mitiga la sed. El río, á causa de la estación, iba en extremo crecido, arrastrando con vertiginoso movimiento troncos corpulentos y hacía estrellar su corriente en los peñascos

la otra banda, un remolino nos atrajo á él, empuñándose una lucha entre la fuerza viva desarrollada por las aguas para perdernos y la producida por los brazos hercúleos de los remeros para salvarnos, hasta que vencida la primera, nos acercamos á las acantiladas rocas del ribazo que por esa parte encauzaba el río. Asiéndome de los matorrales, y trepando por las grietas de las rocas, me estacioné en un punto culminante, para observar desde allí el transporte sucesivo de mis compañeros.

* * *

Habíamos terminado el paso de la Sierra

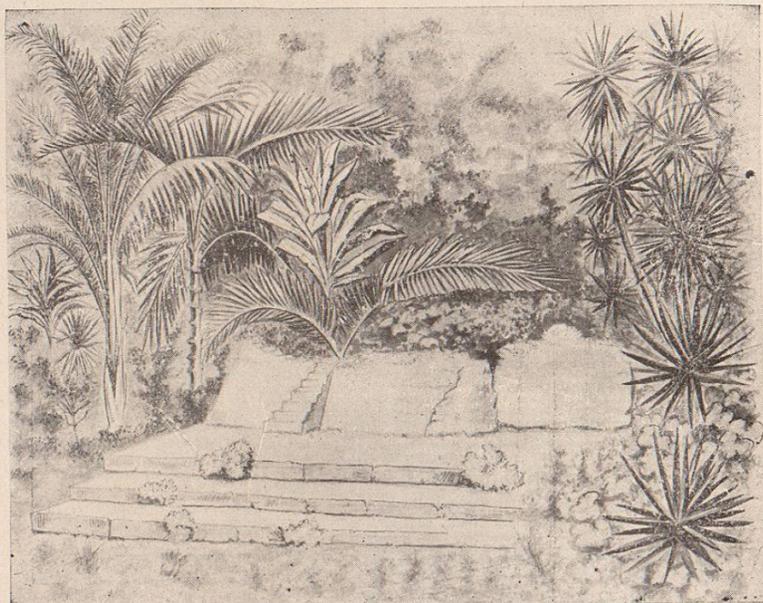


RANCHO DE JÁCOME. (MESA DE CORONELES.)

sumergidos en su cauce. La embarcación dispuesta para trasportarnos á la otra orilla era de las más imperfectas: reducíase á un enorme tronco de árbol ahuecado, que no permitía más carga que la de tres individuos, que eran los dos conductores y el conducido. Instaléme en aquel bote improvisado, en cuclillas, y me afiancé con las manos de sus bordes; los remeros me recomendaron la mayor tranquilidad y se pusieron á vogar, pues sus remos no alcanzaban el fondo del río. La corriente, en su parte media, era tan impetuosa, que obligaba á los remeros á multiplicar sus esfuerzos para dominarla y á seguir la imperfecta embarcación un camino oblicuo. Ya cerca de

Madre é íbamos á encumbrar la Mesa de Coroneles á fin de explorar las ruinas de Metlatoyuca, objeto principal de la expedición. En la ribera izquierda del arroyo Salsipuedes nos pusimos á descansar bajo la fresca sombra de unos árboles, y á restaurar nuestras decaídas fuerzas con un buen almuerzo. En tan interesante ocupación nos hallábamos, cuando vimos en los arenales de la playa opuesta, un lagarto que había salido de las aguas para gozar de los vivificantes rayos del sol. Todos preparamos las pistolas y empezamos á tirarle, pero sin dar en el blanco ó sea en el cuero del animal, sino Guillermo Hay, cuya certera puntería obligó á aquel á refugiarse en el río.

Una llovizna nos obligó á apresurar la marcha, y montados ya en las mulas y cubiertos con nuestros capotes impermeables, pasamos uno á uno el mencionado arroyo. El último fué Guillermo Hay, quien al encontrarse en medio de la corriente y al recordarle yo, á gritos, la existencia del lagarto, se dió tal prisa y tanto espoleó á la mula, que ésta dió con su cuerpo en las aguas desprendiéndose de su carga. Vimos entonces flotando un cuerpo informe á causa del capote de hule que se extendía sobre el agua y que apresuradamente



EDIFICIO RUINAS DE METLATUYUCA (DONDE SE HACEN LOS METATES).

ganaba la ribera, lo que, sin duda, asustó al temible lagarto, pues no volvió á aparecer.

* * *

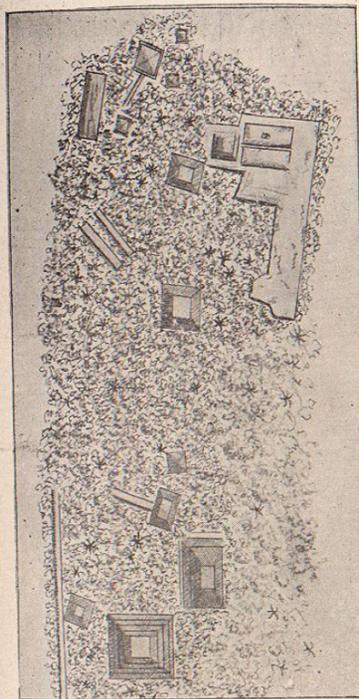
Ascendimos, al fin, la Mesa de Coroneles y nos hospedamos en el pintoresco rancho de Jácome, situado en la hermosa y tupida selva virgen, que abriga los derruidos monumentos de Metlatoyuca. Varias chozas de techos de dos aguas, limitaban una plazuela y constituían la ranchería que nos dió albergue durante los cinco días que empleamos en nuestros trabajos de exploración.

A unos quince metros al occidente del rancho, se encuentra la vertiente occidental de la Mesa, de grande escarpa, y cuyo pie baña el río de Tuxpan, y más retirada, al Oriente, la Selva Virgen. Al penetrar en ésta nos encontramos en un intrincado laberinto de árboles gigantescos y frutales, plantas herbáceas y matorrales, y obstruidos los pasos por las enmarañadas enredaderas y bejucos que ligaban y apretaban toda aquella espléndida vegetación. ¡Grande era la oscuridad, profundo el silencio é inmensa la soledad! Varios peo-

nes nos precedían abriendo con sus hachas un estrecho sendero por el que pudimos penetrar poco á poco en aquel antro misterioso é imponente de la naturaleza, y al fin llegamos á unas plazuelas donde se levantan los edificios antiguos, hoy en ruinas, cuyos despojos calcáreos han impedido el crecimiento de árboles y plantas en sus cercanías. Esas ruinas pertenecen á grandes edificios, de planta irregular, levantados sobre plataformas con escalinatas; á pirámides de diversas dimensiones, construidas de piedra y barro, revestidas por hileras paralelas de pequeños sillares de arenisca de grano fino, cubiertas con una capa de mez-

cla, de 2 centímetros de espesor perfectamente bruñida, según se advierte en otras muchas construcciones de los antiguos habitantes del país. La acción del tiempo, desprendiendo grandes trozos del revestimiento de cal, permite observar la simétrica y alternada colocación de los sillares, asentados y unidos unos

de planta irregular, defendido por una gran muralla por la parte oriental, hacia la gran escarpa de la barranca, la que con otros parapetos ponía el lugar al abrigo de toda invasión de pueblos vecinos, un túmulo, cerrado por un arco de sillares de arenisca y relleno de grandes piedras y tierra. La disposición de



PLANO. RUINAS DE METLATUYUCA.



RUINAS DE METLATUYUCA. BÓVEDA.

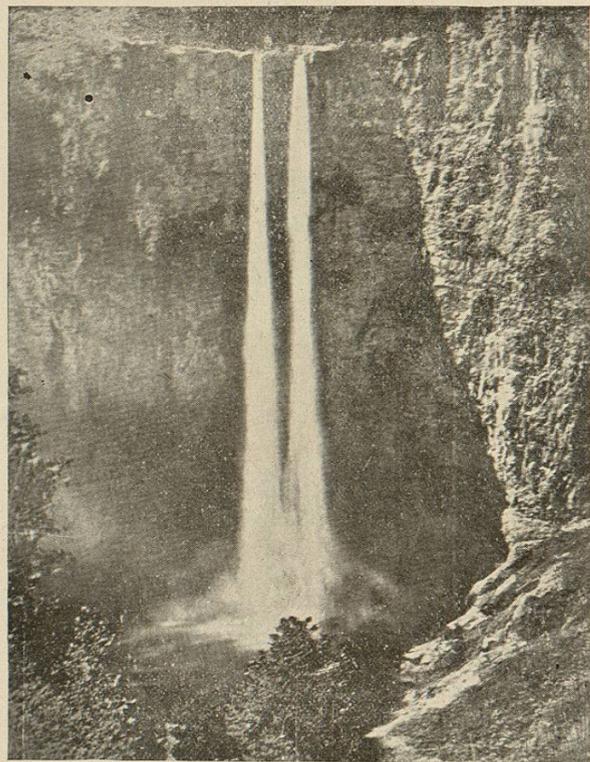


IDOLOS DE METLATUYUCA.

con otros por delgadas capas de aparejo. La mayor de las pirámides, se levanta sobre una base cuadrada de 40 metros por lado, y forma seis gradas de cerca de 2 metros cada una y termina á 11 metros de altura en una meseta sobre la que se advierten los restos de un teocali. Sin guardar orden ni concierto, respecto á rumbos y distancias, se ven diseminadas otras pirámides menores, túmulos, acueductos y plataformas que fueron el asiento de edificios, obras todas de construcción idéntica y, además, extensas murallas de piedra que dan al conjunto de las ruinas el aspecto de una antigua población fortificada.

Además de la pirámide principal, fueron objeto de nuestra preferente atención los siguientes monumentos: un edificio al N. E.,

los sillares como las dovelas de las bóvedas nos indujo á creer que las tribus indígenas conocieron los techos arqueados, ó por lo menos, habíase iniciado entre ellas tal género de construcción; por último, dos esculturas de arenisca, de las cuales, una fué para nosotros de mayor interés por representar una momia, con sudario y benda, como era costumbre en el Egipto. Este precioso objeto arqueológico fué trasportado á Huauchinango, con el fin de ser remitido al Museo Nacional.



SALTO DE NECAXA.

Los monumentos fueron el objeto de mi estudio topográfico, como lo fué para Guillermo Hay el arqueológico, en tanto que Almaraz recorría la Mesa de Coroneles para reconocer los terrenos baldíos, y los paisajistas Velasco y Coto se entregaban á sus ocupaciones artísticas.

* * *

Terminada nuestra importante exploración, emprendimos el regreso por el mismo

camino que habíamos antes recorrido, no siendo dignos de recordación más que dos hechos: el difícil trasporte de aquel pesado monolito, unas veces á hombros de indios, en la montaña, y otras por balsas en los ríos; y la espantosa tormenta que nos alcanzó, á las orillas del bosque, poco antes de llegar á San Pedro Patlacotla. Densos nubarrones de un color ceniciento, tirando á negro, ocultaban el cielo y descargaban el agua á torrentes, y como el viento era tan impetuoso, cambiaba la direc-

ción de la lluvia, de vertical en horizontal, para darnos de lleno en el rostro, sin que pudieran de ella resguardarnos nuestros capotes impermeables, pues el agua se introducía por el cuello y resbalaba en nuestros cuerpos bañándonos por completo. Las atronadoras y persistentes descargas eléctricas, aunque sublimes, nos producían el natural pavor que infunden tales escenas, á la vez que nos ponía en cuidado lo resbaladizo del terreno, las charcas que se formaban en los hoyancos y la mul-

titud de arroyuelos que corrían por los multiplicados pliegues del terreno.

Tarde, pero al fin llegamos al pueblecillo de San Pedro Patlacotla para despojarnos de nuestros mojados vestidos, dar una fricción de aguardiente á nuestros cuerpos, cenar y entregarnos al necesario descanso.

Fresca y hermosa era la mañana del 7 de Agosto en que nos hallábamos, por segunda vez, en las fuertes pendientes de las montañas calizas de Xico y en el punto más elevado del camino que nos conducía á la pintoresca cañada del Necaxa. Favorecidos por una atmósfera tranquila veíamos, desde aquel punto, aparecer, por un flanco de la meseta y fuerte de Necaxa, la corriente del río, perder éste á poco su nivel, dividir sus aguas por interposición de un peñasco en dos voluminosos torrentes y precipitarse con gran estruendo en el abismo; podíamos seguir con reloj en mano el descenso de cada ondulación para apreciar por ella la altura aproximada del prodigioso salto, que estimamos en 130 metros, y ver desprenderse de lo más profundo de la barranca, con movimiento ascensional, el agua en el estado de vapor, que alternativamente ocultaba y descubría, como lo hiciera una ga-

sa agitada por el viento, árboles y plantas y las enormes rocas que formaban los ribazos de la cañada. Si apartábamos la vista de aquel espectáculo sorprendente, observábamos, cualquiera que fuese el punto á que la dirigiéramos, otros tan dignos de admiración, pues en aquellos lugares reinan por completo las armonías providenciales; ya son elevadas y fértiles praderas limitadas por boscosas eminencias; ya grietas profundas y estrechas cañadas como la de que tratamos y en la que, recobrando el agua su normal movimiento, se desliza, ora en rompientes por el centro de su cauce, ora tranquila por las riberas bordadas de corpulentos árboles y preciosas flores. Grandes son los contrastes que de tiempo en tiempo puede ofrecer al viajero la cuenca prodigiosa. O el espectáculo del profundo despeñadero en toda su majestad, ó el de una atronadora tempestad que se desencadena bajo sus pies, á la vez que sobre su cabeza, aparece el cielo límpido y sereno.

El día 7 de Agosto nos hallábamos de regreso en Huauchinango, donde quedó el monolito á cargo del Prefecto Campo por ser remitido á México, lo que no se efectuó, y nos pusimos el 12 en camino para la capital.



VII

UNA EXCURSION A LA COSTA VERACRUZANA.

DE LA CUMBRE DE LOS OYAMELES A TEZIUTLAN.



LA naturaleza, que en México se ostenta por todas partes pródiga y rica, ofrece de continuo al viajero nuevos y bellos asuntos de que tratar, por más que éste, al

emprender nuevas descripciones, tenga por agotadas las facultades de su imaginación.

De las alturas de Teziutlán á la desembocadura del Nautla, en un espacio de veinti-